

HOMENAJE

Celebra este volumen la vida en las Letras hispanas de un gran hombre de escuelas, cuya labor intelectual, iniciada hace justamente cuarenta años, descuella entre las más valiosas y renovadoras del siglo. Su extensa obra crítica supone todo un testamento sobre valores, estructuras y procesos funcionales de la cultura en lengua española a que no se ha hecho aún plena justicia.

Stephen Gilman no es fácilmente encasillable. Quintaesencia jamás negada de wasp norteamericano, ha vivido por elección no sólo académica la vía iluminativa del dolor español de antes y de ahora. Adelantado en nuestras Letras del new criticism, es también el paciente estudioso de las formas verbales del Poema del Cid y autor con su Spain of Fernando de Rojas de uno de los más altos logros del pensamiento historicista en nuestros días. ¿No son, acaso, demasiadas paradojas?

Nacido en Chicago en 1917. Tío suyo fue Harry Rogers, arquetipo del hispanista entusiasta y ágrafo, que enseñó toda su vida en la Universidad de Ohio. Con él y con su padre viajó por una Andalucía todavía primigenia en 1933-34. En aquella iniciación de puro viajero romántico hubo hasta una marcha a pie de Vélez Málaga a Granada, fuente de un sabroso anecdotario. En 1936 ingresa en la Universidad de Princeton, objeto para él, hasta el día de hoy, de un amor de hijo agradecido. Fue allí donde se abrió paso una irresistible vocación hispanista, acrecentada por el encuentro con un maestro carismático como fue el rondeño Augusto Centeno. Y justo al comenzar su preparación para el doctorado, llega a aquella universidad Américo Castro, de quien había de llegar a ser discípulo favorito.

Princeton, un pequeño pueblo señorial, es a principios de los años cuarenta uno de los polos intelectuales del planeta. Abierto al más alto talento de la Europa en llamas, por su calle principal pasan todos los días Einstein, Maritain y Von Neumann. Gilman tiene la envidiable fortuna de asistir a los seminarios donde las ideas de España en su historia (1948) salen por primera vez a la luz. Pero don Américo no conoce en esto medias tintas y hace íntimos de sus alumnos, porque para él son también familia y las horas de clase se dilatan espontáneamente en otras, aún más felices, de convivencia hogareña. Es de esperar que nuestro homenajado nos desvele algún día su recuerdo en detalle de aquellos tiempos, que empiezan ya a parecer legendarios. Y sin embargo, Gilman no fue, con todo, discípulo de un solo maestro. Hombres como Ira Wade, Gilbert Chinard y Ebo Bogerhoft deja-

ron también en él una reconocida y reconocible huella durante los años estudiantiles en Princeton.

En 1943 se doctora con una tesis sobre Avellaneda, base de su primer libro impreso. En este annus mirabile de su vida ha de entrar en el ejército y contrae también matrimonio con Teresa Guillén. En adelante su hogar, su pensamiento y su obra son también un poco los de Jorge Guillén, el magno poeta español en el exilio. Su profundo y sobrio conocimiento del proceso y psicología de la creación literaria no los ha aprendido Gilman en ningún libro de este mundo.

Y hay después una gran carrera de profesor universitario. Primero en Ohio State University, donde aún enseñaba su tío Harry, desde 1948 a 1954. Encuentra allí brillantes compañeros jóvenes, como Carlos Blanco y Gabriel Pradal. Pero Ohio State es, además, un lugar privilegiado por el desfile de hispanistas que conoce en aquellos años de reconstrucción y postguerra, con la presencia destacada del español José Manuel Blecua y del argentino Raimundo Lida. En 1953 fue Gilman profesor visitante en Columbia University. Hubo todavía una etapa "formativa" de estudio en Alemania y Suiza en 1955-56, cuando se relacionó con E.R. Curtius, E. Steiger y Th. Sperry.

En 1956 inicia su docencia en el Departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de Harvard. Y no es el final de un cuento de hadas, sino el comienzo de una tarea de callada dedicación cotidiana, felizmente mantenida hasta el momento en que escribo estas páginas. Labor que cuaja en la obra crítica que sabemos y en un lucido plantel de discípulos, que hacen bajo su dirección sus tesis doctorales. Son los que aquí se reúnen para tributarle un testimonio de agradecimiento al acercarse el día de su jubilación académica. Son muchos y muy distinguidos los colegas y amigos que expresaron su deseo de hallarse aquí representados, pero este homenaje de sus discípulos más directos ha sido el único que Stephen Gilman no se ha considerado con autoridad moral para declinar. Enamorado de la Isla Verde y de su pueblo, en el que ha tenido y tiene excelentes amigos y discípulos, la Universidad de Puerto Rico le corresponde hoy haciendo posible este volumen jubilar. Por mi parte, me toca agradecer a los colegas puertorriqueños y a la dirección de esta Revista de Estudios Hispánicos por la confianza y honor con que me distinguen al encargarme del presente Homenaje a Stephen Gilman.

La obra de Stephen Gilman se extiende desde el Cantar de Mio Cid hasta la poesía de Salinas y de Jorge Guillén. Hay en ella diversidad de estudios sobre el Libro de buen amor, Jorge Manrique, Lope de Vega y hasta Stenðhal. Son un amplio testimonio de intereses ecuménicos, de capacidad de trabajo e inclinación a la Literatura Comparada (objeto de muchos cursos suyos en Harvard). Pero todo ello viene a constituir simple

excursus al lado de sus sostenidos esfuerzos en torno a los tres focos de Cervantes, La Celestina y Galdós.

Cervantes y Avellaneda: estudio de una imitación (1951) permanece como un sólido punto de amarre en el campo de la crítica cervantina. Frente a las siempre renovadas tesis trivializadoras, que intentan reducir el Quijote a un mero libro de risa o entretenimiento (en el que erróneamente veríamos hoy sentidos trascendentales), tenemos allí prueba tangible de que el desconocido autor escribió movido de muy clara intención polémica. Un contemporáneo tan inteligente como antipático vio el Quijote como una amenaza contra el tinglado ideológico que cimentaba el inmovilismo oficial de Iglesia y Estado. Su enrañamiento con Cervantes, siempre atribuido a causas de puro orden personal, representaba en realidad el contraataque de cierta mentalidad archiconservadora contra una disidencia certeramente diagnosticada.

La Celestina ha constituido el máximo objetivo de los desvelos de Gilman. *The Art of 'La Celestina'* (1956) tomó al mundo erudito por sorpresa y suscitó en él no poco desconcierto. La aplicación de novísimos métodos de análisis interno reveló un horizonte de problemas y de soluciones del todo imprevisto para mentes todavía ancladas en el positivismo. El valor de la obra consistía para éstas en su tratamiento del problema "moral" o bien en su capacidad de documentar la vida y costumbres de la época a través de un sistema de topoi no demasiado recónditos. La Celestina como un universo per se válido, ahora puesto a flote y de una manifiesta modernidad literaria, causaba no pocos desasosiegos y enfurruños. También (todo ha de decirse) mucha y muy valiosa admiración. Casi por vez primera (el casi queda dicho por un hábito de cautela) una obra básica de la literatura española venía a ser, además, tema para un libro de vanguardia dentro de la crítica norteamericana no específicamente hispanista. *The Art of 'La Celestina'*, entendido como proceso mental, condujo años más tarde, en un desarrollo simétrico, a *The Spain of Fernando de Rojas* (1972). Tras el mundo de la obra, el mundo de su autor y tras la reconstrucción funcional de su arte, la reconstrucción funcional de su momento histórico. Solo que no mediante la historia cultural o sociológica de módulo "europeo", sino a la del sistema conceptual de autorrégimen hispánico, que Américo Castro ayudara a nacer. Una historia donde ni "Renacimiento" ni "lucha de clases" tienen gran cosa que decir, y sí mucho el casticismo deshumanizador y el choque catastrófico, pero en este caso fecundo, de un mundo semítico con otro cristiano (y aun esto último también more hispanico). Incidiendo en lo que para muchos era todavía blasfemia, el glorioso reinado de los Reyes Católicos se acreditaba allí como un infierno para los españoles de mayor capacidad creadora, perezosamente arrumbados hasta entonces bajo la muy inexacta terminología de "judaizantes". *The Spain of Fernando de Rojas*, modelo de estudio interdisciplinar en el que historia y literatura marchan de la mano, es uno de los más bellos monumentos historiográficos de nuestro tiempo. Bajo cierto punto de vista no deja de ser también una

situación límite para la interacción de los distintos saberes históricos que Menéndez Pidal reclamaba para su idea de la filología y que nunca llegó a aplicar a fondo en el terreno moderno. En conjunto, la radical novedad de The Spain of Fernando de Rojas no ha sido todavía asimilada, ni ha tenido tiempo de causar el impacto que indefectiblemente está llamada a ejercer. Nuestras iglesias críticas muelen muy despacio aun cuando se deciden a hacerlo. Stephen Gilman es un hispanista para el siglo XXI.

Y por último, Galdós, el otro gran disidente de la España moderna. Gilman trabajó por situarlo en un hueco dentro de la gran tradición de la novela europea del siglo XIX. Como confiesa en Galdós and the Art of the European Novel (1981), trae también a su estudio el cariño de la última generación alimentada en el gusto de la novela. A esta visión cordial se agregan los despuntes de una metodología intertextual, en gran parte intuitiva por el propio Gilman antes de que tuviera tal nombre. Su foco se centra sobre Fortunata y Jacinta como cumbre del arte de novelar galdosiano, dentro del cual se perfila como a modo de un Quijote moderno. Su actividad galdosiana, tal vez por desarrollarse en un campo de estudio muy joven (nacido a raíz de la postguerra), ha sido hasta el momento la de más indiscutida aceptación. Ha tenido también éxito notable con las generaciones jóvenes, como prueba la serie de tesis realizadas por sus discípulos sobre temas galdosianos, ampliamente representados también en este mismo Homenaje.

Stephen Gilman, hombre risueño y pacífico, se ha visto condenado a la polémica. Su nombre ha servido para atacar vicariamente a Américo Castro y sus ideas. Entre sus oponentes ha habido, pues, paja y grano. El hispanismo, por lo pronto, no gusta de ser sacado de su paso y se alarma de tener que rectificar su itinerario. Es sano y lógico que las innovaciones sean sometidas a intenso escrutinio y que ello conduzca a un necesario proceso de decantación crítica. Pero en este caso la mayor parte de la polémica proviene, simplemente, del viejo esquema neocasticista de Menéndez Pelayo, que se resiste a morir. También de una resistencia pasiva (o activa) a entender las posibilidades de inferencia o deducción abiertas por los nuevos conceptos interpretativos de Américo Castro. Los que a diario se sirven de generalizaciones como el feudalismo o el amor cortés, en el seno de una historia sin aportación semítica, se rasgan las vestiduras ante la limpieza de sangre, o se niegan a la mera posibilidad de que un hecho como la Inquisición pudiera repercutir en el terreno intelectual y creador. A la altura de 1983 todo ello es, por supuesto, fútil y equivalente a seguir predicando el geocentrismo de Tolomeo. Stephen Gilman ha sabido dar buena cuenta de sí en estos terrenos, sin dejarse empantanar en empresas estériles y aceptando con su pizca de humor lo irremediable.

Stephen Gilman se halla hoy en plena capacidad y dominio de sus tareas, sin que el cercano alivio en la labor docente signifique más que una oportunidad para marchar con renovado vigor hacia adelante. Un libro

sobre el teatro de Lope empieza a perfilarse en el cercano horizonte.

Ha huído hasta el exceso de ciertas candilejas profesionales, en las que sólo vio pérdida del tiempo irreparable. "La humildad es la verdad", decía Santa Teresa. Y Stephen Gilman es, sin duda, uno de los hombres más "verídicos" de este mundo.

Nuestro homenajeador no ha perdido el goce de la vida cotidiana. Calladamente se desliza en tal o cual aula para escuchar alguna clase interesante. Sobre todo, continúa gozando del trato de los alumnos, y ello es como se sabe el más seguro indicio de vitalidad en el profesor entrado en años. Gilman conversa, ríe y bebe un vaso de vino con los más jóvenes, igual que hasta el último día de su vida lo hizo su maestro Américo Castro. Su patricia casa de Cambridge se halla abierta a un continuo desfile de amigos y toda persona de habla española es siempre bien recibida. Hay allí un fuego crepitante, esposa, hijos, nietos y un perro, unidos todos en el cariño al hombre bueno y al sabio sin pretensiones. Escucha más que habla y ríe con frecuencia y sin recámara. La libertad y dignidad humana, tanto de individuos como de los pueblos es para él cosa sagrada y un absoluto compromiso personal. Los desaciertos de la política exterior de su país corren sobre su cara un velo de infinita tristeza.

Gilman habría podido sacar de su labor y dotes mucho más alto partido material en cualquier actividad o campo ajeno al hispanismo. Vamos andando por la calle y le pregunto si alguna vez se sintió tentado a dar aquel paso. Se detiene desconcertado y me mira fijamente:

—¡Jamás me pasó por la imaginación!

Francisco Márquez Villanueva
Harvard University

¹ All citations are from Jorge Luis Borges, *Prosa completa*, 2 vols. (Barcelona, Bruño, 1969).

² Within Borges' notorious economy of expression, the problematic nature of translation occupies a fully important place. See "Las versiones homéricas," and "Los traductores de los 1001 noches."